

**Se autoriza el uso de este material citando su procedencia:**

Ferreiro Almeda, L. (2002). El acontecimiento será nuestro maestro interior. NOUS, (6), 67-91.

## **EL ACONTECIMIENTO SERÁ NUESTRO MAESTRO INTERIOR**

**Luis FERREIRO ALMEDA**

### **Resumen**

El concepto de acontecimiento es central en la filosofía de E. Mounier y de otros pensadores personalistas. Se estudia su significado y su importancia en la constitución de la persona, ser temporal y abierto al mundo, que crece a impulsos del encuentro con el otro. Se analizan los aspectos histórico, antropológico y ético del acontecimiento y su valor pedagógico en la formación de la personalidad. Se adopta la perspectiva de que los conceptos de persona y de acontecimiento no se pueden reducir a un sistema filosófico o científico, al ser la abstracción un instrumento insuficiente porque deja de captar lo que es esencial: lo concreto, lo singular, y lo irrepetible de ambos.

### **Abstract**

#### **The event will become our inner-mentor**

The “event” is a central concept for Mounier’s philosophy and other personalist thinkers. It is studied in its significance and in its importance for the constitution of the person. The person is considered as a temporary being open to the world, growing thanks to the impulse of the spiritual meeting with others. The historic, anthropologic and ethical aspects of the “event” are analysed, as well as its pedagogic value in the development education of the personality. We hold the thesis that concepts such as “person” and “event” are not suitable of being confined within the boundaries of any Philosophical or Scientific system, because abstraction is not sufficient. It is not able to reach what is essential: what is specific, singular, not suitable of being repeated of both the person and the event.

**Palabras clave:** Filosofía. Personalismo. Acontecimiento.

**Key words:** Philosophy. Personalism. Event.

### **1. Introducción: Mounier y el acontecimiento**

“L’événement sera notre maître intérieur”: *El acontecimiento será nuestro maestro interior* (Mounier, 1988, p. 927). Esta afirmación, aparentemente enigmática y contradictoria, se encuentra en una carta de Emmanuel Mounier a J. M. Domenach. Bajo la forma de un enunciado programático para uso colectivo da a entender la irreductible soberanía de una subjetividad libre y apasionadamente entregada a una misión a la que se mantiene insobornablemente fiel. Como frase acuñada se presta a circular con éxito en medios intelectuales, sin que su verdadero sentido sea reconocido (1).

Este sentido se encuentra con toda claridad en la vida y obra de Emmanuel Mounier, filósofo francés, nacido en Grenoble en 1905 y muerto en París en 1950, fundador de la revista *Esprit* en 1932 y del movimiento del mismo nombre. El pensamiento de Mounier no es un producto de la factoría universitaria, está construido al hilo de los graves acontecimientos que se van acumulando en su tiempo para generar una crisis económica y moral que él caracteriza como una crisis de civilización. Mounier entiende que para la superación de una crisis de tal profundidad no bastan los remedios superficiales, se necesita un tratamiento prolongado y radical que actúe sobre la cultura, lo cual requiere volver a reunir las dos líneas divergentes del pensamiento contemporáneo representadas por Marx y Kierkegaard en una síntesis que lleve sus grandes intuiciones más allá de ellos mismos. Llevar ambos planteamientos tan diversos a un plano común en el que pueda darse una convergencia era una labor difícil que, además, atraería la incompreensión de los dogmatismos respectivos.

Marx representa el pensamiento materialista aplicado a la comprensión de la historia de la humanidad, la ambición de un sistema que dé respuesta a todos los problemas del hombre a partir de un principio explicativo de carácter esencialmente económico, la denuncia de la alienación de la persona en el proceso de producción, la crítica de su explotación en el régimen capitalista y la aspiración a una sociedad más igualitaria y justa. Marx da prioridad a las determinaciones exteriores que inciden en la persona y su obra pretende ser un sistema científico. Su atención se centra en los sucesos que tienen trascendencia social e histórica.

Kierkegaard, por el contrario es enemigo de todos los sistemas, arremete contra el sistema por excelencia, el de Hegel, cuyo pensamiento tiene por objeto la totalidad y ninguna al individuo al que considera juguete de las travesuras del destino, mera anécdota en el camino de autorrealización de la Idea. En su reacción, su temperamento atormentado y apasionado exagera la subjetividad, el sentimiento, la libertad del individuo y la espiritualidad. El hombre interior es el caballero solitario que está por encima de todos los sistemas, él es la única realidad noble y digna de ser salvada. Su perspectiva es que lo único importante es lo que amenaza o salva a “ese individuo” concreto y único.

Mounier sintetiza con coherencia los planos de la exterioridad y la interioridad en un pensamiento riguroso que no pretende ser un sistema: **el personalismo**. Cuanto acaece en el universo, en la historia y en la sociedad no transcurre yuxtapuesto o disociado de la vida personal, caracterizada por la singularidad irreplicable, constituida por una libertad interior, capaz de comunicación y de responsabilidad, dotada de una vocación que responde a una llamada percibida en el mundo, en un tiempo en el cual el instante tiene un valor único y una significación propia, asimismo, se hacen presentes en ella negatividades como el mal, el fracaso, el sufrimiento, la muerte... que, en primera instancia, suponen una impugnación parcial o total del sentido de la existencia individual, es el suyo un optimismo trágico.

En este pensamiento, para que haya acontecimientos es condición necesaria un punto de encuentro entre el universo y la persona, el macrocosmos y el microcosmos. Pero no es suficiente que esto suceda, nada acontece sin la atención y la disponibilidad de la persona para hacer y padecer. En el acontecimiento se da una revelación y un enriquecimiento mutuo de la persona y la realidad que la circunda. Partiendo de esta perspectiva vamos a intentar describir y analizar su significado.

## **2. La persona: ser abierto al mundo y a los otros**

Sin detenernos en detallar una idea de la persona, queremos subrayar dos dimensiones esenciales que nos interesan aquí. En primer lugar, la persona es un ser abierto al mundo y a los otros: “Estructura intencional abierta, la persona no se entendería desligada de su contexto, ni se reduciría a él... No es primero la persona un

ser cerrado que luego se abriese a los demás, ni se cierra a los demás después de abierto, sino que consiste en un relacionarse permanente... El ser humano es una apertura radical al mundo y a las demás personas, y como tal su ser consiste en estar siendo (presenta pues una estructura gerundial), en estar en permanente estado de constitución, y por eso más que de integración del hombre en el mundo, al modo en que se integran las cosas desde fuera, cabría hablar con Zubiri de integrificación, o sea de integración desde el interior, desde lo que va plenificándose sin perder autonomía.” (Díaz, 1993).

El pensamiento contemporáneo se ha hecho cargo de esta característica del ser humano y lo ha expresado con fórmulas que han hecho fortuna, tales como “ser en el mundo” (Heidegger), “yo soy yo y mis circunstancias” (Ortega), etc., que, sin embargo, todavía son tributarias de un sentido de la mundanidad un tanto físico (physis), por un lado, y de la egocentricidad del sujeto propia del pensamiento moderno, también insuficiente para dar cuenta de la realidad personal, por cuanto la parte más importante y crucial de ese mundo, de esas circunstancias, no es inorgánica ni simplemente animada, sino personal, no es sólo el mundo que vemos y conocemos, es el que nos ve y nos conoce. No debemos engañarnos, pues como nos advierte Antonio Machado (1989, p. 672):

“Mis ojos en el espejo  
son ojos ciegos que miran  
los ojos con que los veo.”

Más bien, aun siendo rara la evidencia, hay que rendirse a lo inaudito y a lo invisible: es la experiencia del “tú esencial” la que hace posible el “yo fundamental”. Entre lo mundano y lo humano la frontera sublime donde emerge el acontecimiento es la experiencia yo-tú y, en ella, y por mucho que insista la filosofía moderna, más decisivo que conocer es amar y ser amado:

“Y en la cosa nunca vista  
de tus ojos me he buscado:  
en el ver con que me miras”.

Así pues, tiene la persona un espacio de intercambio de actividad con lo otro y con los otros, a través del cual influye y es influido, se comunica y acoge, actúa y padece. De este modo, podemos ser víctimas del universo, pero también el universo puede ser un juguete en nuestras manos, la humanidad puede ser una amenaza o una promesa, pero en todo caso, aunque el mundo es ancho y ajeno, hemos de dar la razón al clásico: humano soy y nada humano me es ajeno.

### 3. La persona es tiempo y presagio de eternidad

Además, la persona se realiza en **la dimensión temporal**, su interacción con el mundo se realiza de una forma sucesiva, los hechos se ordenan según van apareciendo y desapareciendo ante nuestra conciencia. La persona registra y ordena, olvida o recupera, aminora o agranda en su memoria la representación de lo acontecido y lo incorpora en su mundo interior, con el que establece una relación no menos real que con el mundo exterior. Los recursos de la memoria pueden ser fuente de gozo o de tristeza, de paz o de inquietud, de aislamiento o de comunicación, de debilidad o de fortaleza, de destrucción o de creación, de inhibición o de impulso vital. No solo tenemos memoria, ella nos tiene a nosotros, y toda nuestras experiencias están influidas por ella. Hacemos memoria, pero también la memoria nos hace.

Y esto que sucede en la vida personal, también tiene su correlato en la vida social, el nosotros se constituye sobre el fondo de una memoria comunitaria que acoge los grandes acontecimientos en los que se fundan solidaridades irrenunciables.

La experiencia del tiempo es ambigua, se nos presenta con una cara perversa y otra amable, como enemigo y como aliado.

### **3.1. El tiempo se presenta como nuestro enemigo crónico, como contratiempo.**

En la mitología griega es Kronos que engendra hijos para devorarlos. En efecto, la cara feroz del tiempo tiene una mirada torva, contempla la caducidad de todo lo que existe, todo lo corroe, todo lo devalúa, hasta la inflación se la podemos imputar. La experiencia natural del tiempo es la imposibilidad de detenerlo, el tiempo fluye sin parar y huye irreversiblemente, es más, destruye, es ladrón y asesino: “Un carnívoro cuchillo, / de ala dulce y homicida, / sostiene un vuelo y un brillo / alrededor de mi vida” (Miguel Hernández). Maurice Nedoncelle admite a trámite la cruda querrela: “La única razón válida por la que el tiempo es una antítesis del orden natural es que engendra el triunfo matemáticamente progresivo del número de muertos sobre el número de vivientes” (Nedoncelle, 1997, p.132).

Este sentimiento del tiempo, este resentimiento contra el tiempo, prolonga su queja desde la antigüedad (Eclesiastés, Lucrecio, etc.) hasta nuestros días (Heidegger, Sartre, etc.), consciente o inconsciente, probablemente sea la más poderosa fuente de angustia para el ser humano y el origen de numerosas y profundas patologías psicológicas individuales y sociales. Veamos algunas y su relación con los acontecimientos, de los cuales resultan ser enemigos.

a) **El aburrimiento:** “es la percepción de un tiempo sin devenir y sin meta, detenido y convertido en pura nada. El aburrido pugna por ‘matar el tiempo’; la sobrecogedora expresión castellana apunta a una tal pretensión humana de dominar el tiempo que conduce a querer aniquilarlo, porque le sobra” (Ruiz de la Peña, 1988, p. 142). El aburrido se deshace en el tiempo, está instalado en el umbral del absurdo y de la desesperación. “Mi conciencia está vacía; me hace falta de algún modo llenarla a toda costa. Pero el vacío de la conciencia no es otra cosa que la conciencia del mero tiempo. Aburrirse no es llenar el tiempo, es percatarse en cierto modo de un tiempo sin contenido” (Lacroix, 1968, p. 20). Surge entonces la necesidad de llenar la conciencia con cualquier cosa, la necesidad de la diversión. El *carpe diem* es el reverso del tedio. “*En la soledad roe el solitario su propio corazón; entre la muchedumbre se lo roe el mismo gentío. Así, pues, ¡decídetel!*, exclama Nietzsche. Es entonces cuando los individuos o los pueblos son capaces de cometer cualquier locura” (Lacroix, 1968, p. 20). El aburrido es un perezoso del pensamiento, no de la acción, por eso es un peligro público, puede crear un acontecimiento falso, o su degradación: el espectáculo, a veces siniestro, como el de Nerón, el emperador aburrido, que creó el espectáculo del incendio de Roma.

b) **La impaciencia:** “Sensación de que falta (y no sobra) tiempo. También el impaciente pretende manipular su tiempo, más no para matarlo, sino para apresurarlo... le acucia un tiempo que deviene demasiado lentamente” (Ruiz de la Peña, 1988, p. 142). El impaciente interfiere el tiempo de maduración de los acontecimientos, exige la cosecha al mismo tiempo, sino antes, que la siembra, no respeta el ritmo de crecimiento de los seres, tira del árbol recién plantado para que crezca más rápido, con lo cual termina por arrancarlo. Quema las etapas de la vida a toda velocidad, acumula experiencias que no apura, ni vive, ni deja vivir. La impaciencia ha sido la enfermedad psíquica del capitalismo cuya ansia de ganancia se encuentra con el obstáculo del tiempo, al cual intenta vencer a costa de forzar y destruir la naturaleza y explotar al hombre. También el ritmo de la historia le resulta lento al impaciente, especialmente cuando sueña con el poder, hasta que se convierte en tirano. Entre los revolucionarios el impaciente es un terrorista en potencia y una amenaza para la propia revolución, pues cualquier momento le parece tarde para actuar, por eso Lenin no se cansaba de exigir paciencia revolucionaria.

c) **El remordimiento:** “no sólo pertenece al tiempo, es el tiempo parado, ‘eternizado’. Pero es una falsa eternidad: la de un tiempo a la vez indefinido y definitivo. Pertenece al *mundo del espectáculo*... se identifica con la mirada; esta clase de mirada que fija y paraliza” (Lacroix, 1980, p. 62). El presente y el futuro quedan abolidos en favor de un tiempo pasado que se convierte en prisión o, peor aún, en infierno (Sartre). El suyo es un pesimismo trágico. Narcisista de la culpa, para quien sufre remordimientos el único acontecimiento que existe es ese tan grande que le acusa desde el pasado y le impide acoger otros acontecimientos saludables, como el perdón y el amor, que transfiguren la culpa en *felix culpa*, que atrae su propia redención. Sin la culpa, la nostalgia es otra forma de atracción del pasado.

d) **La fantasía:** es la contemplación de un futuro imaginario que, al ser más gratificante que el presente, cumple una función de evasión frente a la exigencia del instante. El fantasioso es un arquitecto de castillos en el aire aunque resida en una chabola. Perezoso y cobarde para afrontar el presente incómodo, caza leones en el paraíso imaginario del dulce futuro. Vive en el autoengaño, tanto más si se lo facilita el mundo en el que vive, para él se han inventado las compras a plazos, que reemplazan aquello de “quien no trabaje que no coma” por el “compre hoy y pague mañana”. Es un activista de la imaginación y un perezoso de la acción. Prisionero del futuro, vive un optimismo cómico. El acontecimiento le pasa cerca, delante de sus propias narices, pero no lo ve y pasa de largo, pues su atención siempre está puesta en el mañana en el que sucederá lo insólito, de manera que lo que espera huye ante él como el horizonte cuando se avanza hacia él.

Estas patologías traen multitud de sufrimientos personales infecundos y destructivos y producen el caos social. Pensemos, por ejemplo, en el creciente número de divorcios y problemas familiares, ¿no serán el resultado de la impaciencia, del aburrimiento y de la fantasía? Si observamos las sociedades del capitalismo avanzado podemos descubrir una infraestructura temporal, una organización contradictoria y complementaria del desempleo y del empleo, del ocio y de la competitividad, que controla y da salida al aburrimiento y a la impaciencia. Por otro lado, la intención del fascismo se puede entender como un plan para reducir o aniquilar la anarquía del tiempo de los individuos, organizando una maquinaria social que impone un ritmo común del tiempo, el de la nación o el Estado en la historia. La receta es la siguiente: tómese un pueblo de aburridos, un número crítico de impacientes con capacidad de liderazgo y una ideología que proporcione un pseudosentido espiritual, agítese enérgicamente y... el fascismo está servido.

El modo de existencia del hombre es temporal y a lo anteriormente dicho sobre el tiempo no se le puede poner una impugnación a la totalidad, sin embargo, no aceptamos que eso sea todo.

### 3.2. El tiempo como aliado.

Por nuestra condición de seres temporales, cuya existencia se realiza en superación constante, hemos de contar con el tiempo que nos permite hacernos. Pero entonces no nos situamos en un tiempo cuya cualidad esencial es el ser homogéneo y, por tanto, apto para servir de sistema de coordenadas exterior a la persona, útil para establecer una secuencia de sucesos y la distancia objetiva entre ellos. Ese tiempo impersonal de los relojes y de los calendarios está unido al espacio, es externo a la intimidad de la persona y a la relación entre personas, como han puesto de relieve filósofos como Bergson, Buber, Nedoncelle, o poetas como Eliot.

El tiempo humano es fundamentalmente heterogéneo, al menos por tres razones:

a) Cualitativamente ningún instante es igual a otro instante, sobre cada uno de ellos gravitan todos los instantes pasados y cada uno de ellos está grávido de posibilidades futuras y

abierto a una libertad relativamente ilimitada. Cada instante me convoca a la elección de mí mismo y de cada decisión depende mi maduración como persona. Ante el tiempo no estoy condenado a la pasividad. En cada instante está en juego mi libertad y mi destino.

b) Por la duración: todos tenemos la experiencia de la elasticidad del tiempo, a veces los segundos parecen horas y las horas segundos, según sea nuestra disposición psicológica. La duración, que depende de la actitud de la persona, es un lugar subjetivo e intersubjetivo y posee un efecto saludable: “la concentración progresiva... del yo... en la inmanencia recíproca de los espíritus... El espacio-tiempo pasa y nos dispersa, pero la duración espiritual lo devuelve y lo salva, pues la memoria no tiene límite; y si un recuerdo acompaña a todo acontecimiento, nada impide que el espíritu mantenga en él toda la vida mortal... la duración es la trabajadora de nuestra salvación.” (Nedoncelle, 1997, pp. 132-134). Martin Buber (1993) ha expresado bien este rescate y liberación del tiempo humanizado:

“El Tú aparece, en efecto, en el espacio, pero precisamente en el espacio del interlocutor exclusivo en que todo lo demás solamente puede constituir el trasfondo del que el Tú se destaca, no su límite y su medida; el Tú aparece en el tiempo, pero en el del acontecimiento cumplido en sí, que es vivido no como parte de una secuencia rígida y sólidamente articulada, sino en una ‘duración’ cuya dimensión puramente intensiva sólo resulta determinable a partir de sí mismo; el Tú aparece simultáneamente como agente y receptor del efecto, pero no añadido a una cadena de causaciones, sino en su acción recíproca con el Yo que es comienzo y fin del acontecer... El Tú no conoce ningún sistema de coordenadas.” (pp. 33-34).

También T. S. Eliot (1995) nos lo da entender en sus *Cuatro Cuartetos* al escribir sobre la inmanencia del deseo y la trascendencia del amor (p. 95):

“y es el deseo mismo movimiento,  
en sí no deseable. El Amor  
es él mismo inmóvil, causa tan sólo  
y fin del movimiento,  
intemporal y libre de deseo,  
salvo como tiempo apresado  
en forma de límite entre el no ser  
y el ser.”

Estas cualidades ofrecen mucho más que las fracasadas actitudes descritas más arriba. Gracias al tiempo es posible el desenvolvimiento de la creatividad, la espera y la esperanza activas, la capacidad proyectiva, la recuperación de un sano sentido de la culpa que, superando el mórbido remordimiento, posibilita la responsabilidad y la libertad (2).

c) La confluencia del tiempo personal (biográfico) con el tiempo comunitario (histórico) es única, es el “Kairós”, es “el momento decisivo”, “la hora de la verdad”, “el tiempo propicio”, “connota un punto del tiempo en el que la decisión del hombre y su realización deben ser llevados a cabo”, “exige decisión y acción... hasta el punto en que negarse significaría renunciar a la existencia” (Muga, 2002, pp. 98-103). Ese tiempo viene grávido de posibilidades y promesas que se realizan o se malogran dependiendo de nuestra decisión y actitud. Tal como lo expresa el profesor Carlos Díaz (comunicación personal, diciembre, 2002):

“Por esa con-vivencia entra de retorno el yo en su propia morada, cabe sí mismo, actúa ensimismadamente. Por esto mismo el acontecimiento es único, irrepetible, irremplazable, insustituible, siendo su antípoda el plural uniformador de «las experiencias», mero sumatorio de eventos o eventualidades sin arraigo en la propia identidad. A ese momento único de anidamiento profundo llamaban los griegos **kairós**, presencia de aquel personajillo calvo y escurridizo al que no resultaba fácil «coger por los pelos», y los romanos **occasio** (también ellos decían que «a la ocasión

la pintan calva», a la que adjetivaban de «praeceps», fugaz). Magia, ángel que pasa por tu ventana a cuya vibración debes estar atento porque a veces no se presenta nunca más, ese talento no debe ser enterrado por miedo a ningún encuentro.”

Así, ocurrió que Napoleón tenía para Europa grandes planes de futuro: “Nos hace falta un código europeo, un Tribunal Supremo, una moneda única, los mismos pesos y medidas, las mismas leyes, es necesario que yo haga de todos los pueblos de Europa el mismo pueblo, y de París la capital del mundo” (citado por Encel, 2002). Todo eso, que dos siglos más tarde no acaba de ser una realidad, se lo jugaba en Waterloo. La batalla estuvo indecisa durante cinco horas, mientras la suerte no estaba echada Napoleón combatía esperando que el cuerpo de ejército que reservaba entrara en acción, sin embargo, esas tropas bajo el mando del mariscal Manuel de Grouchy no llegaron en el momento oportuno y el emperador fracasó. Un malentendido o una indecisión inclinaron la balanza a favor de la coalición. La suerte de Europa había estado a merced de un acto de inteligencia o de voluntad de un solo hombre. Una decisión en el instante adecuado puede arruinar un imperio o salvar a una multitud, de ahí la importancia de saber escuchar el rumor de alas del ángel que pasa.

Hay que educar el oído para la historia, pese a que los dos paradigmas de educación histórica para las masas parecen ser Herodoto y Fukuyama. Herodoto de Halicarnaso (s. V. a.C.) escribe la historia “para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las singulares y notables empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento- quede sin realce” (Heródoto, 1999, p. 85). Le interesan los hechos públicos, las hazañas maravillosas y los sucesos divertidos, en definitiva lo raro y asombroso, “las cosas aparecen en Herodoto como inconexas y discontinuas, como islotes emergentes en la pleamar del olvido; rigurosamente como *reliquias*” (Marías, 1966, pp. 183-199). Justamente, la sensibilidad de nuestra época es aguda para lo espectacular, pero brilla por su ausencia la capacidad para situarse en la historia. Fukuyama, como sabemos, proclama el final de la historia, pues ya no hay razón para esperar cambios trascendentales, una vez que el capitalismo y la democracia liberal han ganado la batalla de los sistemas económicos y políticos, los hechos que pueden acaecer son superfluos. Por distintas razones, en ambos casos, el drama humano no interesa.

En conclusión, todo lo humano sucede en el tiempo y por el tiempo, pero no todo es monótona temporalidad, más aún, lo esencial es extratemporal y, por qué no decirlo, pertenece al ámbito de lo eterno, aunque para expresarlo sólo podemos recurrir a la poesía (Eliot, 1995, p. 157):

“Un pueblo sin historia está esperando  
su redención del tiempo, pues consiste la historia  
en una trama de momentos fuera del tiempo.”

#### 4. ¿Qué es acontecimiento?

En primera aproximación podemos expresar lo que es el acontecimiento tomando prestadas estas palabras del profesor François Chirpaz (2002): “¿Qué es el événement sino lo que llega en la vida individual o colectiva, de una forma no prevista? Lo que, por tanto, trastorna, de una manera más o menos profunda la vida de los hombres imponiendo una marca sobre su vida y solicitando tanto su libertad como su juicio... La atención privilegiada a la historia es, pues, una forma privilegiada de comportarse 'en' la historia, no para pretender elaborar una nueva teoría de la historia, sino para pensar en la historia en la que estamos vivos. Es discernir lo que se llama 'signos de los tiempos'. Modesta pero rigurosamente la atención al devenir que se está realizando en nosotros imponiéndonos una transformación más o menos profunda de nuestras condiciones de vida” (pp. 17-18).

Con el paso del tiempo se producen sucesos, ocurren cosas de más o menos trascendencia para nosotros y para los demás, pero no llamaremos acontecimiento a todo

suceso, para ello es precisa la presencia humana y que ésta quede afectada por el suceso en cuestión, para lo cual es condición indispensable la atención.

Es posible que sea cierto que hace 65 millones de años cayera un enorme meteorito sobre la tierra y produjera la extinción de los dinosaurios. Sin embargo aquel suceso, aunque se demostrase fehacientemente, no nos conmueve, nuestra ausencia lo convierte en mero asunto de curiosidad.

También es posible que sucedan cosas que deberían causarnos un hondo impacto, sin embargo, estando presentes no les prestamos atención y las convertimos en irrelevantes. Esto ya puede ser problemático para nosotros, por ejemplo, si estoy en un barco que se hunde en altamar y estoy durmiendo es posible que no viva para contarlo. Y puede ser problemático para los demás y, al mismo tiempo, cuestión ética para mí: si 15 millones de personas están en serio peligro de morir de hambre en Etiopía y yo no presto atención, entonces no le otorgo la categoría de acontecimiento de máximo orden que es. Objetivamente, debo plantearme mi responsabilidad y, en función de ella, mi culpabilidad, pues aunque no me juzgue un tribunal de crímenes contra la humanidad, moralmente puedo ser homicida por omisión como, sin duda, lo son quienes tienen la capacidad para evitarlo y no lo hacen.

Por tanto el acontecimiento es **una categoría ética** que me exige un juicio y, al mismo tiempo, pone de manifiesto mi carácter moral o inmoral. Puede plantearse de la misma forma que la cuestión evangélica expresada en la parábola del buen samaritano: ¿quién es mi prójimo? Como es sabido, la respuesta de Jesús fue la de hacer desfilar ante el herido a una serie de personajes que, en lugar de aproximarse a él, pasaron de largo, hasta que uno, el samaritano, se hizo prójimo del herido, cargando con la responsabilidad de salvarlo. Del mismo modo, se puede responder a la pregunta: ¿qué es un acontecimiento? Acontecimiento es aquello que tú decides que lo sea porque, lejos de trivializar el suceso, le dedicas toda tu atención, le das la máxima importancia, te haces totalmente presente a la situación creada por él y disponible para actuar en consecuencia con lo que exige aquí y ahora.

En resumen, el acontecimiento acontece cuando un tú se hace presente y trata al otro como a su propio yo. Parafraseando a G. Adolfo Becker podríamos decir: ¿qué es acontecimiento? ¿Y tú me lo preguntas? El acontecimiento eres tú.

Con esta actitud estamos en las antípodas de aquella de Fausto que exclama: “¡detente instante eres tan bello!”. No pido la suspensión del tiempo para una contemplación inexpugnable de la belleza del momento. Por el contrario, soy yo quien se detiene ante el instante portador de una sorpresa y una exigencia que no domino y afronto la situación que crea. No se trata de disfrutar de la fiera cronológica domesticada, sino de enfrentarse a su asalto.

## **5. Dimensiones del acontecimiento: vitalidad, profundidad, universalidad y fidelidad**

Como hemos visto antes, la duración es el tiempo **vivido** gracias a la irrupción del acontecimiento en nuestras vidas, pero eso no es todo, el acontecimiento no queda como mero dato registrado en la memoria, o un recuerdo inolvidable, una **vivencia** (Erlebnis), es, además, un acto **viviente** cuya eficacia permanece en el presente y, por tanto, es y seguirá siendo actuante y **vivificante**, seguirá dando qué pensar y qué hacer. Posee la capacidad de desatar las más poderosas energías humanas y de activar una dinámica duradera de los hombres y los pueblos incomprensible sin él.

Por esa razón detestaba Péguy la tarea del historiador que reúne los hechos históricos muertos como el entomólogo colecciona insectos insertados en un alfiler: la historia “consiste



esencialmente en *pasar a lo largo* del acontecimiento. La memoria consiste esencialmente, estando dentro del acontecimiento, ante todo en no salir de él, en permanecer en él, y en remontarlo por dentro. La historia es ese general cargado de condecoraciones, ligeramente impotente, que pasa revista a las tropas en uniforme de servicio sobre el campo de maniobras de cualquier guarnición” (Péguy citado por Mounier, 1992, p. 83). La memoria, comenta Mounier, “es el general en campaña que, en medio de sus tropas, las empuja adelante en toda su masa... La historia es para él [Péguy] un medio de evadirse a un tiempo anodino que ignora el tiempo, y quizás, por esa repulsa de la duración que pasa, es el tiempo de toda evasión” (Mounier, 1992, p. 83). En cambio, un acontecimiento vivo no está acabado y, por tanto, no se puede hacer su historia, pues es él quien la sigue haciendo: “Jesucristo pudo salvar al mundo. Pero yo nunca acabaré la historia de Jesucristo... Se puede hacer todo, excepto la historia de lo que se hace... Necesito la eternidad para hacer la historia del menor acontecimiento” (Péguy, citado por Mounier, 1992, p. 90).

El acontecimiento podrá ser instantáneo, caer como un rayo sobre nuestras vidas, pero su impronta permanece, inaugura una duración independiente de su medida cronológica, es un verdadero cataclismo. Otros, en cambio, se van gestando lenta y silenciosamente durante años, cual si fueran movimientos orogénicos, hasta que por fin se hacen evidentes a nuestros ojos. Por ejemplo, la invasión del imperio romano por los bárbaros duró siglos, aunque se hizo evidente cuando Alarico entró en Roma el 26 de agosto del año 410 y la saqueó durante cuatro días.

Unos se hacen notar con el estruendo del vendaval, otros nos acarician como una suave brisa, unos gritan, otros susurran: “Hay los que nos asaltan en un recodo del camino, los que nos atacan como el vuelo de una mosca, y esas barreras obstinadas, esos ángeles fríos que descienden con el rayo y se vuelven a marchar dejando el silencio sobre las ruinas” (Mounier, 1992, p. 203).

Pero vengan como vengan, los acontecimientos verdaderos son flechas dirigidas al centro del corazón, al que dejan herido con su mensaje, de modo que ya no quiere lo mismo que quería, ni vive ya más que en el tiempo imperativo abierto por él y **en lo más profundo del alma humana:**

“Fue Mounier quien, tras las huellas de Péguy, vio en el acontecimiento al «maestro interior». En el acontecimiento nacemos a lo que es más profundo, a lo más íntimo que nuestra propia intimidad. En un mundo en que todo pasa y nada queda, como si lo nuestro no fuese más que pasar, en un mundo así queda sin embargo aquello que para nosotros es magisterial, aquello con lo que uno puede viajar llevando dentro su huella (er-**fahren**: viajar desde la experiencia propia). Si esto es así, uno sólo se «entera» (percibe por entero, con entereza) de aquello que le afecta en profundidad, enteramente: acontece lo que nos duele, y ese es el motivo por el que pensadores profetas del dolor como Soren Kierkegaard comprendieron que existo solamente si algo in-siste tanto en mí, que llega a dolerme («dolet, ergo sum»), no solamente cuando pienso.

Pero no hablamos del acontecimiento del dolor masoquista; si el dolor no nos transforma e impulsa a la lucha contra los padecimientos innecesarios no es todavía un dolor que acontezca en profundidad: no hay maestro interior que no desemboque en magisterio hacia el exterior, y ése es también el verdadero sentido de la acción, como muy bien lo ha comprendido y sistematizado Maurice Blondel.

Por consiguiente, quien dice acontecimiento dice también acogimiento de lo real desde la creatividad transfiguradora. En verdad, acontece aquello en lo que tomamos parte desde el hondón del alma. Y, por lo mismo, la frase mounieriana «el acontecimiento será nuestro maestro interior» puede y debe leerse a la vez de dentro a fuera y de fuera a dentro, esto es, en el sentido personal(ista) y a la vez en el comunitario. Lo que sólo acontece dentro no acontece. Lo que sólo acontece fuera no acontece. Dos acontecimientos separados no suman acontecer

alguno. Pues lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene soterrado.” (comunicación personal, C. Díaz, diciembre, 2002).

En varios sentidos el acontecimiento tiene un **carácter universal**. Por su alcance, algunos de ellos afectan a la humanidad entera o a una parte de ella, así las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, afectaron cruelmente a cientos de miles de personas, derrotaron a una nación y, para toda la humanidad, inauguraron la era atómica con su espantoso poder de una aniquilación completa. Algunos, por ejemplo la caída de Roma, de Bizancio, la Revolución francesa o la Rusa, han sido verdaderos seísmos históricos. Por su efecto grandioso, han conmocionado duramente a la humanidad y abrumado las conciencias durante largo tiempo, pero finalmente ese efecto caduca. Otros que pasaron desapercibidos, de los que disponemos de pocos datos históricos, seguirán ejerciendo su influencia de un modo menos notorio pero posiblemente más perdurable. Entre estos se encuentran los hechos que han originado las grandes religiones tales como la predicación de Buda, de Jesús, de Mahoma o la acción no violenta practicada por Gandhi.

Por otro lado, hay acontecimientos que son una experiencia humana común en todos los lugares y en todos los tiempos. El nacimiento, la muerte, el amor, la amistad, el encuentro, la conversión religiosa o ideológica, la culpa, el sacrificio y tantas otras experiencias profundas forman parte del patrimonio espiritual de la humanidad. Algunas muy repartidas, como el enamoramiento, otras muy selectivas, como los fenómenos místicos que se encuentran en todas las religiones, pero todas nos hablan de una comunicabilidad de lo humano, en mayor o menor grado, que hace posible que podamos ponernos en lugar de personas o personajes de otras épocas y de otras culturas. Así, a través de los acontecimientos que narran los dramas de Shakespeare o Calderón, que podrían ser los de nuestra propia vida, podemos llegar a la empatía con la humanidad del pasado. Del mismo modo, hoy y siempre, las solidaridades verdaderas se fundan en la experiencia del dolor compartido.

De ahí que, por último, debemos destacar el carácter vinculatorio del acontecimiento. Tanto por su valor de comunión, al crear lazos de unión social o fraternal, como por ser portador de una exigencia de compromiso. El encuentro en profundidad con el otro, me comprometo con él, su suerte ya no me es ajena y lo que le pase a él es como si a mí me pasara, su alegría es mi alegría y su dolor es mi dolor. Pero ¿hasta cuándo es así? Hasta siempre, hasta que la muerte nos separe y, cuando lo haga, también seguirá vigente su presencia en mi vida, pues entonces será tiempo de cumplir la promesa con la que he debido vivir: “mientras yo viva, tú no has de morir” (Gabriel Marcel). Y esto significa que el acontecimiento genera una **fidelidad** por la que no pasa el tiempo si no es para acrecentarla.

## **6. La pedagogía del acontecimiento**

### **6.1. Del sueño al despertar**

Hay existencias letárgicas, soñolientas, están en el mundo y poco más, pues como se sabe “el sueño... modifica especialmente la superficie de comunicación entre el yo y las cosas exteriores” (Bergson, 1994, p. 10), por tanto, el nivel de conciencia del mundo y de sí mismos de tales personas es tan mínimo como si les hubieran administrado narcóticos. Por desgracia este estado semicomatoso es el de media humanidad y la otra media debe mantenerse vigilante, porque a poco que se descuide caería en él. Los formidables aparatos de distribución del orden se ocupan de que así sea: televisión, deportes, modas y un larguísimo etcétera que vende por acontecimiento lo que es puro y vano espectáculo al servicio de un poder que no se cansa de manipular. Tanto por inclinación propia, como por el trabajo de las “técnicas de envilecimiento”, como las llamó Gabriel Marcel, el hombre actual corre un grave peligro de convertirse en animal racional domesticado y satisfecho con una existencia estabulada.

El triste Augusto Pérez, protagonista de la novela Niebla, de Unamuno, podría ser el paradigma de este hombre aletargado del siglo XXI, indiferente a la realidad, al paso del tiempo, a la existencia de los otros. “Todos esos hombres para los que literalmente *nada sucede*. Se les cree tranquilos porque nada los conmueve, pacientes porque su sensibilidad es escasa, indiferentes porque no se dan a nada. Falta de curiosidad o rigidez, indiferencia o prejuicio para con lo vital. Tanto lo uno como lo otro es resbaladizo.” (Mounier, 1992, 203).

Otros poseen biografías que “pueden ser ricas en avatares, pero pobres en encuentros, si en ellas brilló por su ausencia la luminaria de un «tú» con rostro; si falta el **ethos** en que dos fragilidades se interpelan, ninguna biografía puede ser escrita ni narrada en primera persona. Don Juan -aventura sin ad/ventura- carece de biografía, pues sus relaciones son yo-ella, nunca yo-y-tú, y tampoco nunca yo-nosotros. Muchas gentes pasan su vida sin un verdadero encuentro, ni personal ni comunitario, por eso oscilan entre el gregarismo y el individualismo” (comunicación personal, C. Díaz, diciembre, 2002).

Se necesita una fuerte experiencia para arrancar a estas existencias de su arraigo vegetativo en la nada. A veces, se necesita un destino cruel para sacarlos de él, uno de esos golpes de “Los heraldos negros” del trágico poeta peruano César Vallejo (1990, p. 59):

“Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!  
...  
son pocos; pero son... Abren zanjias oscuras  
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.  
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;  
o los heraldos negros que nos manda la muerte”.

En todo caso, no será nunca un acontecimiento un suceso de la crónica negra que ponga punto final a una biografía, su hundimiento en la miseria definitiva, sino aquel que signifique un punto de inflexión que abra el camino hacia un futuro de crecimiento personal. Así que, cambiemos el caballo de Atila por el de San Pablo. Un acontecimiento así se llama **conversión** y se experimenta muy pocas veces en la vida; quien no haya pasado por alguna debe interrogarse por su vida. La sabiduría de algunos pueblos ha tratado de inducirla mediante ceremonias de iniciación o transito, por ejemplo, a la vida adulta.

La pedagogía de nuestras sociedades industriales avanzadas tiene aquí una tarea pendiente, y la seguirá teniendo a menos que cambie sus fines. Su orientación, en lugar de ser la de adaptar al educando a la integración funcional en un sistema social dominado por intereses económicos, debería ser la de formar personas íntegras aunque entren en conflicto con ese sistema.

## 6.2. La forja de un carácter

El acontecimiento no es una promesa de tranquila felicidad: “Algunos días sabemos ser felices de una manera inconsciente y pueril; pero no somos de los que esperan la felicidad de los acontecimientos, como una receta; esto no es un sacrificio muy grande, pues sabemos muy bien que la felicidad no basta para ser felices.” (Mounier, 1993, p. 542). Más bien, puede ser una invitación a “la vida más inquieta y peligrosa”.

El acontecimiento tiene la virtud del descentramiento de la persona. Enfrenta a nuestro pequeño y ridículo ego a lo que es más grande que nosotros mismos, nos lanza un desafío a engrandecernos paradójicamente, mediante el olvido de sí, haciéndonos salir de nuestro confortable ensimismamiento, miniaturizando la falsa grandeza de nuestros sufrimientos y la sacrosanta centralidad de nuestro ego. Hace estallar el globo del mundo ingrátido e ilusorio en

el que habita nuestro ego desencarnado de la realidad para que aceptemos el riesgo de una existencia expuesta.

A fuerza de atención y escucha del mensaje cifrado en el acontecimiento, de dejarnos interpelar por él y de darle respuesta generosa, educaremos todo un carácter. Más allá de diseños curriculares y programaciones educativas controlables, más allá de los sueños conductistas que preparan para dar respuestas sabidas a preguntas conocidas, Mounier ha insistido en la importancia de encontrarse “sobre todo con el acontecimiento verdadero, con el extranjero que aparece en medio del camino” (1992, p. 203), es decir, con ese imprevisible suceso llegado a mi vida sin que yo lo pueda controlar y que me exige, en términos no aprendidos, una respuesta que no me sé. En este sentido el acontecimiento ejerce de maestro de vida y de forjador de caracteres. Vale la pena transcribir la siguiente cita del *Tratado del carácter* (Mounier, 1993):

“Una psicología de la persona y de la duración debe conceder un lugar capital al entorno constituido por el acontecimiento. Su estudio ha sido fácilmente abandonado por una psicología que no cree más que en la ley. En un interesante estudio, Rogues de Fursac y Minkowski manifiestan la importancia del imprevisto y del azar (de lo que es percibido psicológicamente como tal) para insertarnos en el ambiente, sacarnos del ronroneo de la rumia interior y despertar nuestras potencias de acogida y nuestra apertura a lo real. Siendo en este aspecto un intruso, el acontecimiento es cómplice de nuestras disposiciones por una u otra forma de su acción. No actúa sobre nosotros sin el apoyo de inteligencias interiores y de tendencias latentes; estas no se pondrían en marcha sin dicho acontecimiento, pero éste solo las despierta porque en el momento en que sobreviene las ha preparado para recibirlo una maduración secreta: de lo contrario, como la semilla del evangelio, cae en terreno pedregoso y se pudre, o bien hecha solo unas raíces efímeras. ‘Nunca os ocurrirá otro acontecimiento que vosotros mismos’ (Nietzsche). La trama de nuestros acontecimientos es una trama viva cuyo juego nos estimula o nos destruye. El equilibrio de la personalidad exige que cada uno sepa ceder su lugar, medir su espacio de posibilidades y de oportunidad y después desaparecer en el pasado: de lo contrario nos abrumba con esas presencias interminables e intolerantes como ideas fijas, contra las cuales nos agotamos en esfuerzos vanos: un duelo que no acepta apaciguarse, un amor imposible... un remordimiento... es Freud el único en haber restaurado en psicología la dignidad del acontecimiento: toda historia psicológica está hecha para él de acontecimientos no aceptados o no resueltos. Pero, como siempre, ve el acontecimiento cuando ha pasado, en sus huellas mórbidas y sus fatalidades de *choque*. Ahora bien, el acontecimiento se presenta a un universo de personas bajo un rostro mucho más esencial: el rostro de sus promesas como *encuentro*. Cuando nos volvemos hacia la historia que nos ha hecho ser lo somos... los encuentros que hemos hecho nos parecen tan importantes como los entornos que hemos atravesado. No hay explicación psicológica válida allí donde es desconocida la cadena de estos acontecimientos. También la geografía de sus amistades es más esencial para el conocimiento de un hombre que el balance de sus secreciones.” (pp. 121).

En esta misma línea de la importancia formativa del acontecimiento y en el terreno de la psicoterapia Viktor Frankl ha ido más lejos que Freud, en la medida que ha superado su confinamiento en el pasado y en la vida psíquica y su consideración exclusiva de eventos con influencia patológica. Para Frankl (citado por Domínguez, 2000, p. 43): “Freud y Adler perfilan un hombre con respecto a sus motivaciones básicas como un ser preocupado por algo intrapsíquico. Pero el hombre no es sólo un sistema psicológico. La realidad humana siempre se refiere a algo más allá de sí misma. Está dirigida hacia algo que no es ella misma. Los seres humanos buscan algo más allá de sí mismos: un sentido en el mundo. Están tratando de encontrar un significado que realizar, una causa para servir o una persona a quien amar. Y sólo así los seres humanos se comportan como humanos.”. No habría que obsesionarse con el pasado, sino estar atento a descubrir el sentido de cada situación y actuar en consecuencia: “Ser hombre significa hallarse permanentemente confrontado con situaciones de las que cada una es al mismo tiempo don y tarea. La tarea de una situación consiste en realizar su sentido. Y lo que

al mismo tiempo nos da esa posibilidad, mediante el desempeño de dicha tarea, de realizarnos a nosotros mismos. Cada situación es un llamamiento que debemos escuchar y al que debemos obedecer.” (Frankl, 1991, p. 108).

### **6.3. Hacerse acontecimiento para los otros**

Una persona que ha formado un carácter configurado por una riqueza de valores y virtudes, capaz de apertura y atención espontáneas al otro, volcado en la transmisión generosa de sus dones y de sí misma, portadora de un sentido de la vida, de una vocación, entregada a fidelidades libremente elegidas... alguien así provoca el acontecimiento por donde quiera que va. Una persona con esta plenitud interior promueve encuentros que no dejan indiferente al interlocutor, a su paso suscita interrogantes, conmueve seguridades, produce inquietudes y conflictos interiores. Quien ha tenido la fortuna de encontrar a alguien así sabe que hay personas que introducen en nuestra vida un antes y un después.

Aunque pueden ser capaces de liderazgo, no nos referimos a los líderes de masas que son precisamente su antítesis, especialistas en seducir a personas reduciéndolas al estado de masa indiferenciada, en la que se anula o se rebajan las diferencias y las cualidades propiamente personales. El líder de masas se interesa por el conjunto no por la persona, proyecta una imagen o muestra una máscara, mantiene una distancia que hace imposible el encuentro yo-tú y asegura que sus miserias no sean visibles.

Nos referimos a esa categoría de personas en las que se encuadra el testigo, el profeta y el maestro. El testigo es el caballero de una fe que le supera, por la que lucha, se entrega y da la vida. El profeta es el portador de una misión, la de anunciar a los hombres y anticipar con su vida una forma de vivir más justa y humana, al tiempo que denuncia el orden injusto e inhumano. El maestro es el servidor de un saber sin el cual su vida y las de los hombres serían vacías. Todos ellos viven por y para esa fe, esa misión o esa sabiduría. A veces encontramos estos caracteres en una sola persona y, entonces, la historia no vuelve a ser la misma: Sócrates, Jesucristo, Gandhi...

A un nivel más elemental, ser testigo, profeta o maestro es una meta alcanzable y un ideal a proponer. Si hacemos de cada encuentro algo inédito, si cada persona es alguien único para nosotros, terminaremos por ser únicos para los demás. Con lo cual, el magisterio del acontecimiento se transfigura, a través de quien lo vive, en ministerio, es decir, en servicio a los demás.

## **7. El acontecimiento como iniciación al misterio y al don**

El acontecimiento representa todavía una penúltima dimensión en relación al misterio de la existencia humana. Mounier fue católico radical y confesante, pionero del ecumenismo, del diálogo interreligioso y de la cooperación con los no creyentes. Siendo sumamente respetuoso con quienes no profesaban fe alguna y con quienes se declaraban abiertamente ateos, no dejó jamás de poner de relieve que el misterio, de múltiples maneras, forma parte de la realidad de la persona, que lo esencial es invisible a los ojos y que la persona es, precisamente, lo no inventariable, lo no objetivable en el hombre.

Mal que le pese al positivismo más recalcitrante hay aspectos del universo y de la persona que se resisten a la explicación y que, seguramente, seguirán resistiéndose mientras el mundo sea mundo. Estos problemas son los de los límites, los del origen y el destino del hombre y del universo, la existencia del mal, de la muerte... son sobre todo los problemas del sentido de cuanto existe. Sobre este punto, el optimismo de Viktor

Frankl (1998) testimonia que “todo lo que a uno le acontece debe tener un fin último, algún metasentido. Más este metasentido no se puede conocer, sólo se puede creer en él” (p. 46).

El misterio es una dimensión presente en la realidad cotidiana que produce de cuando en cuando interferencias en nuestra vida, para mal y para bien. Hasta el más escéptico reconocerá que hay experiencias personales que no se pueden explicar satisfactoriamente reduciéndolas a categorías materiales. La inspiración artística, por ejemplo, es un acontecimiento que expresa la relación única del artista con el mundo inaccesible de la belleza:

“He aquí el eterno origen del arte: que a un ser humano se le pone por delante una forma, y a través de él quiere llegar a convertirse en obra. Dicha forma no es una creación de su alma, sino un fenómeno que surge en ella y de ella reclama la fuerza operante. Se trata de un acto esencial del ser humano. Si lo realiza, si dice con todo su ser la palabra primordial a la forma que se le aparece, entonces brota la fuerza operante, la obra se origina... la obra manda: si no la sirvo correctamente, entonces se quiebra o me quiebra ella a mí.” (Buber, pp. 15-16).

Situados en esta perspectiva, hemos de ver el acontecimiento como sacramento del misterio (3), por el cual accedemos a un mundo que no se conforma a nuestra realidad cotidiana y participamos de lo que aún no es pero puede y debe llegar a ser, que posee una racionalidad que no es la de lo evidente, sino la de lo posible que para ser real está condicionado a nuestra entrega incondicionada y, por tanto, solicita de nosotros un acto de fe.

A través del acontecimiento recibimos la revelación del ser, el mensaje del logos, la mística de visionaria, la fuerza de la esperanza y la anticipación de la utopía... Pero como dice Eliot (1995) “... percibir / el punto en que se encuentran la intemporalidad / y el tiempo es ocupación para el santo...” (p. 135), por eso hay que estar vigilante a los signos de los tiempos. Como observa Domenach (citado por Bombaci, 2002) “para Mounier el *événement* es también *avènement*, advenimiento de una realidad absolutamente nueva más allá de las esperadas” (p. 42).

Por el acontecimiento recibimos el encargo de una misión que nos exige obediencia, nos impone salir de nuestra tierra, renunciar a nuestros hábitos y disponernos para lo insólito. En razón de lo cual, sin forzar excesivamente la traducción de la frase con la que comenzamos, podríamos decir que el acontecimiento es nuestro amo (*maître*) interior. Por eso es el extraño que irrumpe en nuestra vida alterándola, pues como decía Péguy hay algo peor que un alma perversa: un alma habituada. Por eso nos arroja fuera de los muros donde nos hacemos fuertes y “nos impulsa y nos lanza transfigurados allá a donde no sabemos ir cuando trazamos los caminos. La revelación del universo, aquí también, termina en un don.” (Mounier, 1992, p. 205).

Concluyendo, de la misma manera que hemos esbozado una pedagogía del acontecimiento diremos, con Nunzio Bombaci (2002, p. 43), que “los acontecimientos desencadenan una verdadera *mistagogía* o iniciación al misterio”.

*Luis FERREIRO ALMEDA es presidente de la Fundación Emmanuel Mounier.*

(1) Desde hace cerca de 20 años figura esta frase como lema y seña de identidad en la revista española *Acontecimiento*, que representa una de las voces más firmes del personalismo comunitario inspirado en la obra de Mounier. Actualmente está dirigida por el profesor Carlos Díaz, uno de los mejores conocedores y continuadores de la obra de E. Mounier, como ha sido reconocido en Francia al ser galardonado con el Premio Emmanuel Mounier del año 2002 por el conjunto de su obra.

(2) “La secuencia culpa-responsabilidad-libertad compone una tríada inescindible; niéguese cualquiera de sus elementos y se habrán negado los otros dos” (Ruiz de la Peña, J. L. 1990. Sobre la muerte eterna. En VVAA, *Los novisimos* (pp. 175- 189). Salamanca, p. 180)

(3) "Suceden cosas: el misterio proyecta actos. Los acontecimientos, segunda sociedad detrás de la sociedad de los hombres... Tres o cuatro en nuestra vida equivalen a caballeros solemnes de nuestro destino. Sólo después de su partida llegamos a conocer su grandeza excepcional.

Ahora bien, el acontecimiento, si consigo definirlo, es precisamente la revelación de todo lo extraño, de la naturaleza y de los hombres, y en algunas ocasiones de algo más que del hombre. Esboza el encuentro del universo con mi universo. Índice de todo lo que en mí ha chocado con el mundo, advertencia de mis rigideces y de mis egoísmos, él llega en ocasiones a formar extrañas frases. Es propiamente lo que yo no poseo, lo que yo no creo, la catástrofe, la llamada a salir." (Mounier, 1992, p. 203)

## **Bibliografía**

- Bergson, H. (1994). *Memoria y vida*. Madrid: Altaya.
- Bombaci, N. (2002). *Emmanuel Mounier: una vida, un testimonio*. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier.
- Buber M. (1993). *Yo y Tú*. Madrid: Caparrós Editores - Instituto Emmanuel Mounier.
- Chirpaz, F. (2002). Le souci de la personne. *Bulletin des amis d'E. Mounier*, septiembre.
- Díaz, C. (1993). *Para ser Persona*. Las Palmas: Ed. Instituto Emmanuel Mounier.
- Domínguez, X.M. (2000). *Viktor Frankl*. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier.
- Eliot, T.S. (1995). *Cuatro Cuartetos*. Ed. Bilingüe de E. Pujals. Madrid: Cátedra.
- Encel, F. (2002). *El arte de la guerra. Estrategas y Batallas*. Madrid: Alianza.
- Frankl, V. (1991). *La presencia ignorada de Dios*. Psicoterapia y religión. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (1991). *Lo que no está escrito en mis libros. Memorias*. Buenos Aires: San Pablo.
- Herodoto. (1999). *Historia*. Tomo I (Libros I-III). Madrid: Gredos. (Trad. C. Schrader)
- Lacroix J. (1968). *El sentido del diálogo*, Barcelona: Fontanella.
- Lacroix J. (1980). *Filosofía de la culpabilidad*. Barcelona: Herder.
- Machado, A. (1989). *Poesías Completas I*. Madrid: Espasa Calpe – Fundación Antonio Machado.
- Marías, J. (1966). *Ensayos de teoría*. Madrid: Revista de Occidente.
- Mounier, E. (1988). *Obras Completas IV*. Salamanca: Sígueme.
- Mounier, E. (1992). *Obras Completas I*. Salamanca: Sígueme.
- Mounier, E. (1993). *Obras Completas II*. Salamanca: Sígueme.
- Muga, J. (2002). *El tiempo hebreo. Referentes antropológicos*. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier.
- Nedoncelle, M. (1997) *La reciprocidad de las conciencias*. Madrid: Caparrós Editores - Instituto Emmanuel Mounier.

- Ruiz de la Peña, J.L. (1988). *Imagen de Dios. Antropología Teológica Fundamental*. Santander: Sal Terrae.
- Vallejo, C. (1990). *Obra poética completa*. Madrid: Alianza.